



Una biografía de Jean Paul Sartre

Alfonso Sastre fue detenido pocos días después de que lo fuera su esposa, Eva Forest, y procesado en el mismo sumario que los acusaba de terrorismo. Después de ocho meses fue puesto en libertad bajo fianza, situación en la que se encuentra. En la cárcel de Carabanchel redactó unos escritos con el significativo título de "Desde dentro". Publicamos algunos de ellos, a partir del que puede leerse a continuación.

HE leído el reciente libro de Francis Jeanson sobre Jean Paul Sartre (1). Es, sin duda, un interesante documento, y no deja de serlo por el hecho de que el libro esté escrito por —podríamos decir exagerando las cosas— un devoto de la figura biografiada. Al contrario: esa nota —la afectuosa posición del biógrafo, su amorosa comprensión del objeto de su descripción y de su análisis— puede ser incluso altamente positiva, a condición, naturalmente, de tenerla en cuenta como tal. Es un libro de amigo y desde esa perspectiva hay que señalar el alcance de su lectura. Es decir, hemos de saber que su lectura no puede conducirnos al campo enemigo; que el campo enemigo se ha de ver, en esta obra, desde "nuestras" posiciones.

Podrá entenderse que, de esta manera, negamos el carácter científico de la obra en cuestión; y, sin embargo, para nosotros, no es necesariamente así, aunque en este caso lo fuera. En un mundo histórico y cultural cuya esencia reside en la radical división, y el consecuente enfrentamiento, de los términos que lo componen, toda obra —y muy particularmente las que se dicen (yo escribiría "sedicen") por encima de todo partidismo— es un punto de vista. Esto es así, y la posición verdaderamente científica consiste en tenerlo en cuenta, pues es muy mal saber científico aquel que no sabe que una observación no es un objeto, sino la suma dialéctica (hablando ahora en el ámbito de las ciencias humanas, aunque yo esté señalando ahora reflexiones procedentes de la epistemología de las ciencias físico-matemáticas) de un observador y el objeto de su observación. Es curioso, a este respecto, el subjetivismo de los objetivistas, es decir, de quienes pretenden un acto tan ilusorio como la relación de su subjetividad con la objetividad pura. La pretensión de "ver" el objeto puro, o sea, en su pura

inteligibilidad se produce en términos de distancia y paréntesis: el investigador trata de situarse a distancia del objeto, de manera que el yo del observador pueda quedar epistemológicamente suspendido en cuanto a su operatividad en tanto que tal yo (o sea, que pueda quedar entre paréntesis durante el acto de conocimiento). Pero resulta que, a esa distancia, el tufa de las emanaciones de yo-observador impregna, por mucho que trate de

evitarlo, el objeto de su observación. Es que el acto mismo de observar afecta a la estructura del objeto observado. Es que, desde Heisenberg, se sabe no ya que la actividad del sujeto observador en cuanto subjetividad es una actividad modificadora del objeto que esa subjetividad pretende (poniéndose entre paréntesis) sorprender en una ilusoria pureza inerte, sino que los mismos instrumentos de medida modifican, al ser aplicados a su objeto, las condiciones —y medianamente la estructura— de éste. De donde la necesidad... de una mayor distancia que, paradójicamente, permita incluir el sujeto, es decir, legalice la observación del sujeto observante —extraído así de su fantástico paréntesis— a la par que del objeto observado, y de las relaciones entre una y otra instancia: relaciones que, como decía, son dialécticas por lo menos cuando de las ciencias humanas se trata. (No he de entrar yo aquí, con mi irrisorio bagaje, en el problema de la dialéctica de la Naturaleza).

Sólo que esa mayor distancia excluye la necesidad (que entonces aparece en su verdadera ilusoriaidad) de esa puritana distancia objetivista, propia de un cientifismo que en las ciencias humanas encuentra el peor asiento: el reservado, por ejemplo, a ciertos sociólogos cuantitativos a la americana, tan emparentados con los ("test") ambos psicólogos vocados a coeficientes y otros numeritos desde cuya retícula son invisibles las instancias más profundas y

determinantes de la psique humana. El crítico de la cultura en su versión liberada, trata de cerca los objetos de su investigación, trabaja con ellos, "se faja" (por decirlo a la cubana) con los fenómenos que trata de entender; y sabe que el momento teórico —el de la distancia que nosotros preconizamos— sólo es posible sobre la base de esas relaciones prácticas, que no comportan confusión alguna; que no constituyen una mera inmersión en las cosas o, como se dice, un (pasivo) baño de realidad. Este es también un campo de relaciones, de distancias, y es muy cierto que del mero chapuzarse en el objeto no puede esperarse otra cosa que... chapuzas.

En el caso a cuenta del cual ha

Alfonso Sastre

venido todo esto —la relación Francis Jeanson (biógrafo), Jean-Paul Sartre (biografiado)—, el pelo que falta para que se hubieran dado las condiciones de un excelente libro reside en cierto exceso, que hemos llamado "devoción", por parte de Jeanson hacia la figura del maestro: el biógrafo se rinde, más que otra cosa, a los muchos y ciertos encantos intelectuales de su biografiado. Se constituye en escolta de su figura; y ello se comprende muy bien en un contexto polémico en el que Sartre como filósofo y como escritor político sigue siendo, a su ya avanzada edad, una piedra de escándalo y un objetivo de violentos asaltos no sólo, ay, fraguados desde la derecha. El grupo hace tacto de codos, y ello está bien.

Esta posición de Jeanson, contra lo que podría pensarse, emborriona su propia subjetividad. Jeanson se sumerge y se diluye un tanto o un mucho en el objeto. Lo digo a cuenta de la discreta sombra que echa sobre su propia figura, administrada con pudor en estas páginas, de modo que da o revela en ellas de sí mismo sólo lo imprescindible como "pie" (así decimos en el teatro) de algunos actos de Sartre. He ahí, por ejemplo, su subalterno papel en lo que queda a la vista como una polémica entre, exclusivamente, los dos de la fama: Sartre y Camus.

Pero, sobre todo, pienso en el "proceso Jeanson", en el cual aparece situado casi como si tales hechos se hubieran producido en tanto que ocasión para que Sartre escribiera su famosa carta —un extraordinario monumento de dig-

nidad— al Tribunal Permanente de las Fuerzas Armadas. Comprendo muy bien que todo libro selecciona su prosa en función del objeto y que el de éste es la vida de Sartre.

Sin embargo, la feliz convergencia de Jeanson y Sartre en este episodio de la vida de Sartre (y de Jeanson, autor de la biografía), podría haber abierto ese pasaje a análisis prácticos y a consideraciones teóricas sobre la militancia de los intelectuales y las diferentes respuestas posibles al problema: la de Jeanson, "llevando las maletas" de los militantes argelinos —su paso a la clandestinidad, su trabajo en el comité de apoyo al FLN— y, entre otras, la de Sartre, estructuralmente imposibilitado, por su notoriedad, para participar en acciones de ese tipo, y espléndidamente activo en su plano: manifiesto de los 121 sobre la insumisión y, sobre todo, su declaración ante el Tribunal Militar, entre otras acciones. Declaración de la cual todavía hoy, resuenan fuertemente palabras como éstas: "He seguido día tras día sus esfuerzos (los de Jeanson), que fueron los de la izquierda francesa, para encontrar una solución (...) por medios legales. Y únicamente ante el fracaso de esos esfuerzos, ante la evidente impotencia de dicha izquierda, se decidió a entrar en la acción clandestina para aportar un apoyo concreto al pueblo argelino en lucha por su independencia. Pero conviene aquí disipar un equivoco: la solidaridad practicada con los combatientes argelinos no sólo le era dictada por nobles principios o por la voluntad general de combatir la opresión por doquiera se manifiesta; procedía de un análisis político de la situación en la misma Francia" (p. 237, ed. cit.). O como éstas: "Si Jeanson me hubiera pedido transportar valijas o albergar a militantes argelinos, y yo hubiera podido hacerlo sin riesgos para ellos, lo habría hecho sin duda alguna". Porque "en este dominio no pienso que haya tareas nobles y tareas vulgares, actividades reservadas a los intelectuales y otras indignas de ellos", y, en fin, "se aproxima el momento en que cada cual tendrá que asumir sus responsabilidades", en el bien entendido de que "lo que representan (los acusados) es el porvenir de Francia, y el poder efímero que se presta a juzgarlos ya no representa nada" (p. 240). ¡Interesante tema! Que podría resultar muy profundizado si por ventura Sartre se decidiera un día a hacer la biografía de su biógrafo...

(1) "Jean Paul Sartre en su vida", por Francis Jeanson. Barral Editores. Barcelona, 1975.